

VIRGILIO Y HOMERO

La piedad patriótica en tiempos de globalización

¿Puede ser el patriotismo un tema digno de interés en un mundo que se configura cara al futuro como una aldea global y precisamente sobre la expresa superación de las estrecheces nacionalistas? En momentos en que se escriben estas líneas, sin embargo, una multitud de más de un millón de personas ha marchado en Cataluña para defender el uso del término “nación”. Es éste el último en el tiempo pero no el único entre una multitud que indica una dirección contraria a la señalada por los “signos de los tiempos”, para usar una expresión que ejerce un sugestivo influjo sobre la cultura posmoderna.

No constituye éste un dato menor si se tiene en cuenta la apatía como un rasgo constitutivo del estilo actual del ejercicio de la ciudadanía. La posmodernidad en su sensibilidad inclusiva habilita tendencias que no son necesariamente opuestas. Quizás el concepto no sea entonces algo tan perteneciente al pasado como muchos imaginan.

Sin embargo, y aun teniendo en cuenta la resurrección de las pasiones nacionalistas, lo cierto es que el patriotismo parece estar hoy en retirada, al menos en la forma como se lo había tradicionalmente entendido. De hecho no es algo que goce de buena prensa en la actualidad, aunque el motivo puede no serle directamente imputable. El patriotismo parece más bien una suerte de cadáver de la modernidad al cual no cabría atribuirle ninguna virtualidad en la configuración del futuro.

La piedad patriótica

El patriotismo puede ser definido de la manera más simple como el amor a la patria y a menudo ha sido entendido como una pulsión del sentimiento, pero si bien la incluye no se agota en ella. Se trata de una virtud, más exactamente de una parte de la virtud de la piedad.

¿Una virtud? No faltará quien se sorprenda por esta afirmación, teniendo en cuenta que su predicación ha desaparecido virtualmente de la educación, incluida la catequesis de la fe. Más que una virtud el patriotismo es considerado en algunos ambientes como una rémora del autoritarismo y en todo caso un dato más bien atribuible a mentalidades integristas o al menos provenientes de un arcaico y acaso nostálgico tradicionalismo.

Entre las consecuencias negativas que pueden adjudicarse a una defectuosa interpretación y a una peor aplicación del Concilio Vaticano II, cabe encontrar esta renuncia a una parte importante de la pedagogía de la fe, y si se revisan los manuales de Teología moral en uso en los últimos años no siempre se puede encontrar que la virtud de la piedad patriótica haya sido debidamente tratada, e incluso su omisión puede considerarse hoy casi una regla. De hecho se trata de una materia habitualmente ausente en las exposiciones de doctrina social de la Iglesia, cuya naturaleza es una teología moral social.

Si bien debe reconocerse el carácter incompleto o insuficiente que presentaban los antiguos manuales clásicos, centrados bien en el estudio del cuarto mandamiento, bien en la exposición de las virtudes, tanto de la justicia como de la religión, o en la caridad¹, tiene sentido preguntarse si las nuevas presentaciones no han dejado en el camino contenidos que más allá de sus formas hoy quizás superadas, expresaban sin embargo dimensiones fundamentales de la antropología y de la doctrina cristiana.

La relación de los cristianos -especialmente de los fieles laicos- con la comunidad política adolece hoy del pecado de omisión, y en la base de esta deserción o de esta abdicación de sus responsabilidades es posible encontrar la ausencia de la virtud del patriotismo. El llamado a la responsabilidad puede complementarse aquí y encontrar una fuerte motivación precisamente en una pedagogía de la fe más enraizada en la formación en las virtudes sociales, entre las que ha de tener particular relevancia la piedad patriótica.

Pero la piedad patriótica no es una creación temporal en la naturaleza humana que pueda depender de una determinada forma de organización política de la humanidad. La piedad es una virtud moral especial que inclina a amar a los padres y a la patria, y en tal sentido constituye un valor perenne, tanto como la caridad o la justicia, de las que se nutre. En el primer caso estamos ante la piedad filial y en el segundo estamos ante la piedad patriótica.

La religión es la virtud por la cual tributamos el culto debido a Dios y la piedad es la virtud por la cual lo rendimos a nuestros antepasados, en primer lugar los más inmediatos que son nuestros padres. De mismo modo se debe un culto a la tierra de nuestros padres (*terra patrum*) en la cual hemos nacido: la patria.

¹ Cfr. Aurelio Fernández, *Teología Moral, III Moral social, económica y política*, 3ª ed., Madrid, 2001, p. 795.

La crisis del patriotismo

En la crisis actual del patriotismo se registran varios factores coadyuvantes, entre los que cabe considerar el socialismo, el nacionalismo, el militarismo y la globalización. Merece la pena examinar aunque sea sucintamente su influencia para comprender el estado actual de la cuestión.

El primer factor es el despliegue de la ideología socialista, que difundió un nuevo credo internacionalista bajo la idea de una fraternidad universal de los trabajadores. Esta premisa se vio desmentida en la primera guerra mundial pero se continuaría a lo largo de la primera mitad del siglo pasado, hasta ser reformulada con el surgimiento de los nuevos nacionalismos socialistas que a partir de los años cincuenta constituyeron la ideología dominante sobre todo en los procesos de liberación de los llamados países del tercer mundo.

En segundo lugar el desmerecimiento valorativo del patriotismo obedece al auge de los nacionalismos totalitarios también durante el periodo que alcanza su punto culminante en los años treinta y cuarenta, en especial el nacionalsocialismo, que contribuiría a una confusión de los valores nacionales concebidos como absolutos con el legítimo amor a la patria.

Una tercera razón del rechazo que se produjo fue la percepción -extendida en amplios escenarios de la sociedad- de una identificación entre patriotismo y militarismo. Al ser presentado el ideal patriótico como un patrimonio exclusivo de las fuerzas armadas, resultó inevitable que el descrédito de éstas contribuyera en gran medida a arrastrarlo como un signo negativo, por considerársele un componente inescindible del mesianismo castrense.

Finalmente, el proceso de globalización y su consecuencia de una homogeneización y una disolución de los valores locales llevarían también a considerar al patriotismo como un factor que se opone a un progreso de la humanidad hacia su unidad. El patriotismo ha sido así considerado como un egoísmo colectivo que importa la negación de un bien común universal y por lo tanto como una rémora retardataria del verdadero desarrollo racional del género humano.

El concepto de patria en la doctrina de la Iglesia

Si bien existe una concepción cristiana del patriotismo, en cuanto tal él posee un carácter secular ajeno en sí mismo a la dimensión propiamente religiosa que lo remite a una virtud humana.

Marco Tulio Cicerón define a la piedad como el cumplimiento de nuestros deberes respecto de nuestros padres y benefactores de la patria. Este concepto ciceroniano constituye la fuente a partir de la cual elabora Santo Tomás su tratamiento de la cuestión.

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña que el cuarto mandamiento se extiende a los ciudadanos respecto de la patria². Este mandamiento ilumina las demás relaciones con la sociedad: nuestros conciudadanos son los hijos de nuestra patria y en consecuencia el prójimo no es un individuo de la colectividad humana, sino alguien que por sus orígenes, siempre “próximos”, por una u otra razón, merece una atención y un respeto singulares. Las comunidades están compuestas de personas y las justas relaciones entre gobernantes y gobernados o ciudadanos suponen la benevolencia natural conforme a la dignidad de personas humanas deseosas de justicia y fraternidad³.

La piedad patriótica atiende al cumplimiento de nuestras obligaciones de justicia en relación al bien común pero las excede: se extiende a la patria según que es cierto principio de nuestro existir⁴. Es deber de los ciudadanos cooperar con la autoridad civil al bien común y el amor y el servicio de la patria forman parte del deber de gratitud y del orden de la caridad⁵.

El patriotismo cristiano

El magisterio eclesiástico ha valorado inversamente el patriotismo del nacionalismo, a menudo identificados con consecuencias poco felices que han dejado una huella negativa en la historia, en primer lugar en el propio Pueblo de Dios. El Reino de Dios no puede identificarse con una forma histórica puesto que trasciende cualquier proyecto temporal.

La realidad temporal de los Estados nacionales no puede ser consecuentemente asimilada a una categoría necesaria respecto de la fe cristiana, pero ello no inhibe la relación

² *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2199

³ Cfr. *Ibidem*, 2212 y 2213.

⁴ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Sum. Th.* 2-2 g101 a3 ad3

⁵ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2239.

moral de los fieles en su condición de miembros de la ciudad con la comunidad política a la que pertenecen por vínculos de naturaleza natural y cultural. El vínculo patriótico no puede ser entonces hipostasiado en un signo nacional en primer lugar porque la vocación cristiana no es nacional sino universal por su propia naturaleza. El patriotismo cristiano es algo más que la virtud humana patriótica de los cristianos. Es una fidelidad superior a la tierra y a los hombres, porque participa de la obra salvífica de Dios en la Resurrección de la carne⁶.

La identidad de patria y nación, que fue una característica de la modernidad, se abre así a la luz de los nuevos signos de los tiempos a una realidad más universal y en ese mismo sentido más genuinamente cristiana⁷: la comunidad universal de los pueblos de la gran familia humana. La lectura del magisterio de los pontífices de los últimos años, enraizado en la más pura tradición de la Iglesia desde los primeros tiempos, señala este camino que ha de recorrer el auténtico espíritu patriótico de los cristianos en tanto constructores de la civilización del amor.

Patriotismo y nacionalismo: las religiones políticas

Con el surgimiento de las ideologías de la modernidad se produce una sacralización de la vida pública que se expresa en la construcción de nuevas formas de religiosidad secular: las religiones políticas. Desde ese momento la política fue configurada con un valor de contenido religioso. La religión de la patria fundaría así la unidad moral de la nación⁸. La sacralización de la política en los regímenes democráticos daría nacimiento a una religión civil, en cambio la sacralización de la política en los regímenes autoritarios y sobre todo totalitarios daría lugar a la religión política.

Básicamente a partir de la Revolución Francesa surge la idea divinizada de la patria donde religión y política constituyen una amalgama que en cierto modo resucita la visión del antiguo monismo precristiano. Luego del primer intento de los jacobinos franceses que entronizó al racionalismo como el sustento filosófico del culto revolucionario, se producirían otros muchos a lo largo de los últimos dos siglos con diverso y aun opuesto signo.

Entre otros tantos ejemplos podría citarse el de los jacobinos italianos durante el *Risorgimento*, creadores de una religión política concebida no solamente como un

⁶ Cfr. Raimundo Paniker, *Patriotismo y cristiandad. Una investigación teológica-histórica sobre el patriotismo cristiano*, Rialp, Madrid, 1961, p. 151.

⁷ Cfr. Raimundo Panker, op. cit., p.152.

⁸ Cfr. Emilio Gentile, *El culto del litorio*, Sudamericana, Bs.As., 2007, p. 19.

instrumentum regni sino como el paradigma de la revolución que expresaba su significado más profundo de una verdadera regeneración moral de la humanidad. Esta misma mentalidad se encuentra en el misticismo mazziniano y desde luego y sobre todo en el fascismo, que desarrolló todas las virtualidades de su entraña totalitaria. Dicho carácter sacro de la política fue presentado con toda claridad, incluso de una manera explícita por sus mismos actores. Según su profeta propio Benito Mussolini, el fascismo no es sólo un partido, es un régimen; no sólo es un régimen, sino también una fe; no sólo una fe, sino una religión⁹.

Según Emilio Gentile, la religión de la política se configura cuando un movimiento consagra el primado de una entidad colectiva secular, colocándola en el centro de una constelación de creencias; cuando formaliza esta concepción en un código de mandamientos éticos y sociales; cuando considera a sus miembros pertenecientes a una comunidad de elegidos e interpreta la acción colectiva como una función mesiánica (el cumplimiento de una misión en beneficio de la humanidad) y finalmente cuando instituye una liturgia política para la adoración de una entidad colectiva sacralizada, en su caso la patria.

El patriotismo y el mundo global

En diez mil hexámetros divididos en doce cantos, el poeta clásico Virgilio supo transmitir una épica que ha perdurado hasta nuestros días, en la figura de un hombre que sale en largo viaje por mundos desconocidos durante el cual transita con su hijo Ascanio de la mano, pero también llevando a cuestas a su padre Anquises. Eneas representa al héroe que construye con las nuevas generaciones pero que al mismo tiempo lo hace teniendo presente la tradición de las pasadas. En su célebre obra *La Divina Commedia*, Dante Alighieri eligió a Virgilio quien representa en el poema la voz de la razón como su guía en otro viaje no menos consagrado en la literatura de todos los tiempos, esta vez por los ámbitos ultraterrenos.

De otra parte, Homero, poeta también consagrado en la antigüedad clásica, nos ha dejado la figura de Odiseo, representante del héroe cuya vida cobra sentido en el regreso a la tierra de sus padres. Ambos héroes, Eneas y Ulises u Odiseo, representan el paradigma del hombre que transita por los avatares infinitos de la existencia humana, pero que lo hace desde un origen y hacia un destino. En la épica de ambos se sustenta la piedad patriótica que sigue

⁹ Cfr. Discurso de Benito Mussolini en Pesarò (Italia), el 18-VIII-26, cit. Por Herbert Matthews, *Los frutos del fascismo*, FCE, México 1944, citado por Hugo Gambini, *Historia del Peronismo*, II, Planeta, Bs.As., 2000, p.275.

teniendo, como pudieron dejarlo impreso en una literatura que ha superado el paso de los siglos los dos más grandes poetas de la antigüedad clásica.

Roberto Bosca